

Novás Calvo, anticomunista

Duanel Díaz Infante

incubadora Inc.

Todo ex comunista es un anticomunista. Aunque no siempre verdadero, el aserto lo es del todo en el caso de Lino Novás Calvo. El anticomunismo de que este hace gala en sus artículos de *Bohemia Libre* es rotundo, inapelable. Tanto, que por momentos parece una imagen invertida del comunismo triunfante en Cuba en los sesenta y setenta. “Abordaje indirecto, distracción” (p.174), “una labor de zapa y ablandamiento”(*Lo que entonces no podíamos saber*, Los Libros de las Cuatro Estaciones, 2015, p.178), “toda una zona gaseosa y líquida por la que va pasando la doctrina”(p.179): esta radiografía de la insidiosa propaganda comunista, ¿no recuerda, sorprendentemente, la manera en que los comisarios definirán el diversionismo ideológico en los años setenta? “La nueva democracia tiene que ser un movimiento militante, aguerrido, austero y tan organizado como el propio sistema celular comunista” (p.85); ¿no recuerda al propio Guevara de *La guerra de guerrillas*?

A fines del 60, Novás estaba convencido de que “el comunismo de Fidel” estaba a punto de caer, por lo que era necesario movilizarse para “prevenir el regreso de otro comunismo”. Tras el fracaso de Bahía de Cochinos, fue evidente que el régimen se encontraba en condiciones de eternizarse más allá de todo pronóstico; en “Cuba. Primer estado bolchevique de Américas. Etapas de liquidación de una democracia”, Novás parece ya resignado. De hecho, la longevidad de la dictadura ha sido la mejor cura de caballos; hoy no hay necesidad de la cruzada

anticomunista que proponía Novás en 1960, pero sus artículos *Bohemia Libre* no han perdido por ello vigencia. Ante la avalancha de antiguos simpatizantes del régimen que, si bien desencantados, se resisten a admitir las razones del viejo anticastrismo, Novás ofrece un diagnóstico tan absoluto como certero, al que sólo falta, quizás, el brillo del gran escritor que él había sido en los años treinta y cuarenta: en crónicas como “Con los evadidos del Morro” y “No tengo más que un deseo: volver a Cuba y pelear contra ellos” se echa de menos la fuerza de aquellas crónicas escritas desde España para la revista *Orbe*, así como a los cuentos anticastristas recogidos en *Maneras de contar* les falta el genio de los antológicos relatos de *Cayo Canas* y *La luna nona*.

Este Novás resulta, no obstante, todo un maestro del panfleto; habla del “fidelocomunismo”, de “Los Abominables Hombres de la Sierra”. “Dictadura policíaco-celular” llama al nuevo régimen, y ahí, en el carácter conspiratorio del comunismo, está la clave de su interpretación. “Como ideología militante tiene dos ventajas sobre el enemigo que intenta destruir: el viejo orden liberal y burgués, dividido, blando, disgregado y preso de sus propias contradicciones. El Cuba el comunismo penetró en ese orden como el cuchillo en la mantequilla” (p.80), afirma Novás, echando mano de una imagen bastante similar a aquella de Bernard Shaw, a propósito de Mussolini: “El fascismo pasa a través de la oposición liberal como una bala que penetra por un trozo de manteca”. Justamente, la estructura celular, junto a la oposición al individualismo burgués, serían el fondo común del comunismo y del fascismo, algo que, sociológicamente, procede más de la pequeña burguesía que del mismo proletariado.

Para Novás Calvo, el castrismo era sobre todo un producto de la clase media cubana. Más abocada a la burocracia que al comercio y la industria, esta pequeña burguesía había producido “una clase letrada flotante, agitada, agitadora y extraordinariamente receptiva a las ideas

revolucionarias” (p.170) Los humildes proveyeron el contexto, pero la revolución la hicieron los “señoritos” de clase media; no por gusto Fidel Castro era un doctor. Así se resume todo: “los hijos de la burguesía reniegan de su clase, derrochan su caudal, van en pos de la quimera política o la nobleza doctoral y se disuelven en ellas” (p.58) Esta idea aparece, acaso de forma demasiado explícita, en el cuento “Fernández al paredón”, publicado también en *Bohemia Libre*. Ahí Novás cuenta el triste final de un oficial de carpeta del ejército batistiano que no participa en la represión y salva la vida a un joven revolucionario, el cual consigue llegar hasta la Sierra. Tras el triunfo de los rebeldes, Fernández es condenado a muerte y pone sus esperanzas de salvarse en el testimonio del muchacho, que es su hijo no reconocido, pero este sólo reaparece en la hora última para mandar el pelotón de fusilamiento.

Está clarísimo con cuál de los dos personajes se identifica el autor. “Fernández no tenía en general ninguna simpatía por los revolucionarios. Pensaba que solamente eran políticos por asalto. Él había tenido que trabajar, que estudiar, que sacrificarse, y se había levantado poco a poco de su esfuerzo. ¡Que ellos hicieran igual! Él había venido de Las Villas con una muda de ropa y un peso en el bolsillo, y se había ganado bien lo que tenía.”(*Maneras de contar*, Las Americas Publishing Company, 1970, p.158) “El hijo, en cambio, trataba de avanzar por el atajo”. Criado en el seno de una familia de clase alta, el muchacho representa a esa burguesía extraviada en un delirio, presta a echar por la borda los grandes progresos alcanzados en las décadas del 40 y del 50. En los relatos de *La luna nona* y *Cayo Canas* apenas había burgueses; los personajes principales son los desheredados, no los herederos. Descontando algunos cuentos policíacos escritos en los años cincuenta, no es hasta 1959 que la burguesía entra en el universo narrativo de Novás Calvo, acaso porque es ahora que adquiere para él una dimensión trágica. Es justo la *hamartia* de esa clase que ha criado cuervos, desatando una espiral de violencia que

acabará por arrasarla, lo que exploran muchos de los cuentos anticastristas recogidos en *Maneras de contar*.

Los pobres de antes se han convertido en el teniente Fernández; no son ya los condenados de la tierra, parias y vagabundos explotados por una sociedad atroz, sino hombres honrados que a base de esfuerzo han ascendido hasta la pequeña burguesía, para ver cómo su mundo resulta barrido por el huracán. A diferencia de obras de jóvenes escritores de los sesenta como *La noche de los asesinos*, de José Triana, y *El juego de la viola*, de Guillermo Rosales, el parricidio no entraña aquí una liberación, sino una pérdida, la de esa Cuba *que va a más* de la que el propio Novás, autodidacta que llegó a ser profesor de La Normal, es buen ejemplo. Así como en este cuento el padre no es un tirano opresor, en los artículos de *Bohemia Libre* el origen del castrismo no está en un exceso de autoridad paterna sino más bien en una falta; según Novás, la facilidad de la burguesía para renegar de su clase se debe en parte al hecho de que muchos de los revolucionarios fueran hijos de inmigrantes, jóvenes procedentes de hogares que carecen de autoridad paterna. Esa falta de arraigo –arraigo en el hogar, la tierra, la tradición– alimenta “la tragedia de la clase medida cubana”, la paradoja de esa Cuba de enterrerrevoluciones que incubó su propia destrucción.

Esta anatomía del castrismo incluye una crítica de la herencia de la revolución del 30, en dos aspectos fundamentales. El primero tiene que ver con la cuestión castrense: “el ejército cubano tradicional disciplinado y bien mandado había sido viciado y pervertido ya por el propio Batista cuando dio su primer golpe de estado (contra Machado) en el 33” (*Lo que entonces no podíamos saber*, p.127). Su conversión en un ejército mercenario y extremadamente politizado, más ejército de Batista que de la República, explica en parte la victoria de los rebeldes, así como la facilidad con que posteriormente Castro se deshizo de él. El otro punto tiene que ver con las

clases letradas: Novás señala en varias ocasiones que la propaganda comunista caló muy hondo en la generación del 30.

Ahí Novás hablaba con conocimiento de causa. Su discurso sobre Gorki, leído en el Ateneo de Madrid en septiembre de 1936, es casi una apología del realismo socialista. “Esta elevación, sobre la propia materia anecdótica, este construir sobre el bien posible, sobre el mañana presentido por el artista, es lo que hace del realismo gorkiano un género enteramente original” (*Órbita*, Unión, 2008, p.387) Novás contrasta el caso de Gorki, integrándose a pesar de sus reservas iniciales al régimen estalinista, con el de Panait Istrati, decepcionado de la Unión Soviética, muriendo en brazos de unos monjes. Pero al cabo él seguiría más bien el camino del escritor rumano. Si descontamos aquellos primeros poemas militantes publicados en la *revista de avance*, Novás no fue nunca un escritor comunista, se resistió a subordinar la escritura a programa. Con el dogma marxista se había topado muy pronto; en una carta de 1932, le pide a José Antonio Fernández de Castro que le diga si es verdad, como le habían señalado un par de amigos comunistas, que “En el cayo” es un cuento “burgués y decadente” (*Laberinto de fuego*, Ediciones La Memoria, 2008, p.57) Y lo era, en efecto, del mismo modo en que era burguesa y decadente, en opinión de Trotski, *Voyage au fond de la nuit* de Céline.

En otra carta a Fernández de Castro, fechada también en 1932, hallamos una frase reveladora: “Creo que puedo darme hasta el lujo de olvidar esa posición mía algunas veces, posición que no es adquirida por contagio, sino emanada de una vida de perro” (p.51) Como si el proceder de los de abajo, ser propiamente un proletario –hijo de campesinos pobres, obrero durante sus años de juventud–, le permitiera a Novás olvidarse de la doctrina. Si para la mayoría de los intelectuales comunistas cubanos, que tenían orígenes burgueses, lo principal era la consciencia de clase, para Novás lo sería la voz de la clase; esas palabras “crudas” y “plebeyas”

que había sido el primero en escribir en la *Revista de Occidente*. Ciertamente, la plena irrupción del lenguaje popular en la literatura cubana está ligada al fermento del comunismo, propiciada por lo que este pudo tener de liberador, de posibilidad, a fines de la década del 20. No sólo Novás, también Guillén y Montenegro: los tres fueron comunistas. Más tarde, Cabrera Infante aprendería a escribir a máquina en la redacción del periódico *Hoy*.

Ahora bien, la verdad del comunismo, su monstruosidad, no tardó en revelársele a Novás, tras la experiencia de la República Española y el pacto Ribentrop-Molotov. A lo largo de la década del 40, él se va alejando de sus antiguos camaradas, ahora fervientes estalinistas. La famosa *Bohemia* del 15 de marzo de 1953 es, a propósito, muy significativa. Además de la separata de *El viejo y el mar*, traducida por Novás, aparecen allí alabanzas de Carlos Rafael Rodríguez, Marinello, Mirta Aguirre, a raíz de la muerte de Stalin. Es justo este segundo momento del comunismo cubano, el de los doctores del PSP, posterior a la etapa heroica de Mella, Villena y Pablo de la Torriente Brau, el que se critica en los artículos de *Bohemia Libre*. Me parece que, a la altura de 1960, Novás alcanzaba a ver el nocivo influjo de aquel partido a un tiempo dogmático y pragmático que se alió con Batista y subió a la Sierra cuando le convino, como parte del clima de simulación generalizada que se había apoderado de Cuba a fines de los cuarenta. Como el Discípulo de “Cambalache”, Novás se lamentaba: “Estamos en plena fiebre del plagio, del robo, la suplantación, el descaro en todos los órdenes” (*Laberinto de fuego*, p.142) En medio de aquel país “ladinado”, el inmigrante gallego que a fuerza de talento y esfuerzo había conseguido salir de pobre se sorprende a sí mismo añorando la Cuba de sus “tiempos de miseria” en la segunda y tercera décadas del siglo. “A veces me encuentro a algún cubano viejo y, por encima y por debajo de posiciones políticas, siempre circunstanciales, encuentra uno una

nobleza, una lealtad, una firmeza de posición que se echa totalmente en falta en nuestros días.”
(p.134)

Algo de esto entreveo en uno de los cuentos más interesantes de *Maneras de contar*, “La abuela Reina y el sobrino Delfín”. Este relato prefigura, curiosamente, toda una línea narrativa de los años sesenta, la de las casas tomadas por las masas proletarias. Con signo contrario, desde luego: la anciana cuya familia ha sido desbaratada por la revolución representa una valerosa resistencia ante esa “marea” que “se iba colando en el barrio”. Su propia casa es tomada por las dos criadas, que expulsan a la vieja al cuartico del patio, y montan un Comité de Vigilancia. “Furrumalla”, dictamina Reina, llena de desprecio hacia esos hombres-masa que “se recostaban en los portales de la reja, cabalgaban sobre las cercas, aparecían por la mañana sentados en las mecedoras de los portales para decir que la sirvienta no vendría porque tendría que practicar en las milicias”(*Maneras de contar*, p.133)

Frente a la invasión ejecutada por los ñángaras, la abuela habla constantemente de su sobrino Delfín, un campesino justiciero de Las Villas. Llega incluso a amenazar a las criadas con que este va a venir un buen día a pedirles cuentas. Todos piensan que se ha vuelto loca, que el tal Delfín no existe más que en su cabeza. “Casa sitiada” de César Leante, relato publicado en la revista *Unión* en 1967, cuenta justamente la decadencia de una anciana burguesa que delira con el regreso de su familia exiliada, tras la imaginaria caída del régimen castrista. Aquí, en cambio, al final resulta que Reina estaba más cuerda de lo que parecía. Delfín y sus dos hermanos, armados de sus respectivos machetes, irrumpen en la casa en medio de una reunión del Comité, y “antes de que los conchuchados de la terraza tuvieran tiempo de echar mano de sus pistolas”(p.149), los machetean a todos, a las órdenes de la abuela. Reina representa, evidentemente, a una burguesía no contaminada por el virus; sus tres sobrinos, quienes “se

habían alzado con Tiburón y con Machado en el 17. Pero siempre habían vuelto a la pequeña finca, su conuco, que tenían allá para imponer justicia y evitar el abuso en toda la zona” (p.127), aquel apego a la tierra que, según señalan los artículos de *Bohemia Libre*, había faltado en Cuba.

Es significativo, además, que los buenos recurran al plan de machete: a diferencia de las pistolas, popularizadas durante la época del gangsterismo en que surge el Movimiento 26 de Julio, el machete es un instrumento de trabajo, el mismo que se usó en las guerras de independencia y, aún, en aquellos alzamientos de los tiempos anteriores a la caída de Machado. Esta “carga para matar bribones” encabezada por la abuela Reina simboliza, desde luego, el espíritu de aquella vieja Cuba, algo valioso que se ha ido perdiendo. Pero es claro, asimismo, que se trata de una fantasía de los perdedores, cuyo cumplimiento efectivo no parece factible. Así como en “Aliados y alemanes”, aquel magnífico relato que transcurre durante los años de la Gran Guerra, los fotingos desplazaban irremediamente a los coches de caballos, las pistolas se imponen en la realidad de 1961 a los machetes de Delfín. La “obra de las revoluciones” estaba acabada.